

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS
G R A N A D A

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. BENITO PRIETO COUSSENT

EN SU RECEPCION ACADEMICA

Y

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. MARINO ANTEQUERA GARCIA

PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS, EN EL ACTO
CELEBRADO EN EL SALON DE CABALLEROS XXIV DEL
PALACIO DE LA MADRAZA EL DIA SEIS DE DICIEMBRE



G R A N A D A

1983

Depósito Legal: GR. núm. 241 - 1982

GRAFICAS DEL SUR, S. A. — Boquerón, 6 — Granada 1983



PADRE DAMIAN

Benito Prieto Coussent
Foto, Fernando Morales

Discurso

del

Ilmo. Sr. Don BENITO PRIETO COUSSENT

Excmo. Sr. Presidente.

Excmas. Autoridades.

Compañeros de la Real Academia de Nuestra Señora de las Angustias, de Granada.

Señoras y Señores:

Sean mis primeras palabras de inmensa gratitud para aquellos Académicos que promovieron mi candidatura para ocupar un lugar entre vosotros. Consideraré siempre un honor integrarme en esta Institución de tan ilustres miembros y desde el primer día, sentí el peso de la responsabilidad que ello entraña no sólo en la búsqueda de la perfección en mi arte, sino en la medida, la dignidad, el equilibrio que ha de informar toda actitud académica y muy especial en el respeto a sus normas éticas, a las que individual y corporativamente nos debemos. La Academia no es sino el patrimonio cultural histórico que en los miembros de ella se hace integrador y ejemplarizante. Ser Académico es alcanzar un honor y una servidumbre a ese honor que se nos hace. Ser Académico es la voluntaria renuncia a pasiones y ambiciones personales para integrarse en una unidad superior en el orden moral y estético. Detrás de esa puerta deben quedarse los per-

sonalismos y la intriga de una sociedad en crisis de valores y de humanismo donde la corrupción y la mentira imperan sin pudor. Como en las órdenes religiosas, dentro de este recinto o se está en gracia de Dios, o se está traicionando el precepto moral de la disciplina y la servidumbre. Por eso yo entendí que, aceptando este honor de sentarme entre vosotros, aceptaba con él, como el juramento de los cruzados, la renuncia a mis humanas debilidades como hombre y como artista.

Llego hoy al seno de esta Academia con todo el hondo estremecimiento de quien hace la promesa de ser fiel a la Institución y a sí mismo: honrarla como ella me honra y ser consecuente con este honor.

Si algún mérito me trajo a este lugar tendré que decir sin falsa modestia, que éste no puede ser otro que mi demostrada y larga vocación por el Arte. Mi amor al Arte. Y si para encontrarme entre vosotros se precisa alguna credencial, yo no poseo otra que el esfuerzo y ese amor a la belleza y la verdad, y una larga obra que es mi ejecutoria. Toda mi vida, desde mi niñez, está determinada por la pintura, y puedo deciros hoy, que mi esfuerzo ha valido la pena porque cada día inauguro una nueva ilusión ante el lienzo en el que, en alguna medida, mi corazón se derrama.

Por ello, al acogerme entre vosotros, no sólo colmáis mi orgullo legítimo de pintor y mi esfuerzo por el Arte, sino que además y sobre todo, me cabe el inmenso honor de ocupar nada menos que el sillón que dejara vacante el grandísimo pintor que fue Gabriel Morcillo. Fue hacia él mi admiración más profunda desde mis años de mocedad cuando en la Academia

de San Fernando admiré y contemplé exaltar con toda justicia su profunda obra. El fue el gran pintor de Granada a la que amó y sacrificó su vida y su gloria. Su corrección formal, su luminosa paleta, su depurada técnica, su maestría, se extendió y sublimó en el más riguroso análisis de la realidad a la que llamó siempre su gran maestra y su fuente de inspiración. Y no deja de ser paradójico que venga a ocupar este sillón un pintor que desde las brumas gallegas bajó al esplendor luminoso de los jardines y el color rutilante de Granada, donde Gabriel Morcillo ejerció el magisterio de la más espléndida luminosidad en su rica paleta exuberante.

Desde mis colinas y valles del Eo en la Galicia que se asoma a Asturias y se adormece en la melancolía del aire blando del atardecer, quizá el primer mensaje estético que me llegó de Granada fue el de la obra de Gabriel Morcillo, quien desde su carmen del Plegadero Alto fue día a día elaborando su Arte en la más paciente labor de vocación, análisis y fidelidad a la Naturaleza por él elaborada y trascendida a belleza eterna. Sean pues mis primeras palabras de veneración y respeto hacia ese gran artista en cuyo sillón inmerecidamente me siento, y de cuya fidelidad tomo el relevo de la antorcha luminosa del Arte del que intenté siempre hacerme digno de transmitir.

Entiendo que cuando un artista es aceptado en una prestigiosa Institución como ésta en la que me honráis y me honro, debe estar respaldado por una obra y unos principios éticos y estéticos. Sin obra no hay artista que se sienta tal y, sin ella, las Academias serían un recinto de vanidades y de intelectuales más o menos fecundos. Esto debe ser un recinto en el que

el Arte y los artistas auténticos, reciban el estímulo y el aliento que su noble ejercicio merece. Es el premio a una realidad y a una esperanza, y no la poltrona de los sueños, de las ambiciones personales o las intrigas. Vosotros me comprometéis a lo que estimo primera condición del artista: ser fiel a sí mismo y a su concepto del Arte y de la dignidad del hombre.

Señores Académicos: Soy, sencillamente, un pintor y, como pintor, un hombre de mi tiempo. Mi lenguaje es la Pintura. Como hombre y pintor estoy sufriendo la intensa conmoción del Universo, su dolor, su gloria y su tragedia, y la crisis de los valores morales, humanos y estéticos. Mi obra un día hablará por mí; pero yo, ahora, tengo que hablar por ella y con ella. Me debo a ella. Ella me representa y quizá me define. Nací a la vida con esta vocación y sigo en ella con el esfuerzo y la ilusión de hacer bien mi labor. Un día, cuando llegué a esta hermosa tierra llena de historia y poesía, donde tanto pesa el paisaje y la gloria, comprendí que en ella echaría mis raíces y que ella condicionaría mi existencia. Así ha sido. Aquel gallego que recaló en Granada con las conchas del peregrino jacobeo y los andrajos del caminante, comenzó a renacer al esplendor de la Vega granadina atado a la costumbre y al oficio, humilde y ascético, del pintor que ama la naturaleza, al hombre y las cosas que el hombre crea con el rigor y la sencillez del campesino que labra la tierra. Granada me devolvió ese amor que por ella sentí y siento. Aquel peregrino se asentó y trabajó como el labriego o el pastor, como el obrero, en el esfuerzo de alcanzar la belleza y el testimonio. Granada me entregó su amor y mis amigos de ayer y de hoy sois testigos y vivo testimonio de ello. Este gallego adquirió más experiencia y sentimiento, y tam-

bién responsabilidad por las cosas que hacía. Amó más su pintura y más la razón de estar pintando. Mi antecesor Gabriel Morcillo, decía que pintar era la cosa más difícil del mundo, cuando se tiene por maestro a la Naturaleza. Yo pienso que es cierto; como pienso también que es la más despreciable ocupación del hombre, cuando éste la convierte en una bagatela o una estupidez para incorporarse a las corrientes políticas o financieras. En mentira, al fin.

Entiendo, entendí siempre, que el Arte es una servidumbre a la perfección, una filosofía. El Arte o sirve a la belleza y a las cosas del espíritu, o es un pasatiempo de indotados. Por eso ha sido siempre una forma de la moral, una expresión de ella, o de las creencias. Y una moral tiene que ser respetuosa con la Naturaleza y la Creación. Mi pintura intenta ser la expresión de ese amor a la Naturaleza y a los hombres, a su gloria y su sufrimiento.

Por ello no puedo aceptar ese cierto y pasajero respeto que oficial y cobardemente se ha establecido hacia lo que entiendo una mentira y una traición a la belleza creativa del hombre. Al Arte en fin. En Arte no hay más que dos conceptos válidos de valoración. Bueno o malo. Arte o antiarte. El hombre que practica el Arte o es artista nato, y lucha por la belleza, o es un comerciante, un snob o un taumaturgo que produce cosas que vender con ayuda del falso incienso de unas plumas interesadas o ignorantes. Cuando el Arte se somete al tiempo, se hace moda. La moda es perecedera y queda siempre enmarcada en un lapso de tiempo breve que pasa al olvido de modo fugaz. Cuanto más furibunda es una moda, más pronto pasa. El Arte verdadero es intemporal, eterno, y no le alcanza

la muerte. El Arte queda enmarcado por unos cánones desde el principio del mundo, en esos principios universales. El abandono de estas reglas cuando son sustituidas por ensayos más o menos fugaces en el tiempo, da lugar a creaciones que pueden quedar encuadradas en formas decorativas o de artesanía.

Siento un grande respeto por los grandes artistas que hacen excursiones y experiencias por las modas estéticas o comerciales, pero un profundo desprecio por los que intentan vivir de la pintura sin saber el grande esfuerzo de pintar de verdad. No tienen la humildad del aprendiz que es la vocación del artista auténtico.

Yo amo la naturaleza, y descubro en ella a cada instante la belleza y el estremecimiento que de ella emana, y es esa emoción que de ella trasciende la que, con mejor o peor fortuna, intento retener en el lienzo. Me considero un pintor realista, pero mi realismo, como un miembro de esta Corporación ha titulado, es un realismo simbolista, con impulso interior de ensoñación, es decir español, nuestro. Es así, porque entiendo que desde el pintor, mago o sacerdote de Altamira a acá, no hay otra verdad estética que no proceda de la naturaleza y del hombre, su sentimiento y su creencia. La naturaleza contemplada con amor es ya en sí un acto de carácter religioso, porque es sublimada y trascendida a una distinta realidad inventada. El hombre, o ama la naturaleza y la sublima, o la desprecia y la destruye. La ama soñándola o reteniéndola en su deleite y el de los demás. Esa es la misión del artista.

Un pintor si no está dotado de esa devoción al mundo estético que le rodea o sueña, será un náufra-

go en su tiempo. El pintor no crea la realidad sino una imagen amorosa de ella. El color y la forma no sólo obedecen al mandato de mi corazón sino a la esclavitud de la realidad. El Arte debe intentar mostrar la óptica de la belleza y la gloria o el llanto del mundo. Para mí, un bodegón de Zurbarán o Sánchez Cotán posee más ascetismo que el propio objeto representado. Es como el misticismo de las cosas. Y eso lo pone el artista. Por eso me encaré un día y en una cierta medida estoy determinado por ello, con mi obra fundamental. Mi *Cristo*. Realizando esa obra sudé sangre. Lloré y sangré con el alma y muchas veces pinté de rodillas. En cada pincelada, en cada sombra, hay una gota de mi propia sangre y mi sudor de esclavo sometido al yugo del amor y el esfuerzo. Mi *Cristo* es también mi calvario, y acaso mi gloria. Él representa la tenacidad y el esfuerzo de un hombre de fe, de un hombre que sabe que tiene en sus manos el instrumento del Arte, y en el corazón la llama de la fe sublime de la salvación que intenta infundir a los demás.

Mi camino por la existencia, está signado por esa mano que en cada paso de mi vida me hace sentir la presión de esa mano bendicente y piadosa de mi *Cristo*, que no es sólo creación del hombre, del pintor, sino de ese íntimo impulso hacia la sublimación del espíritu. Aquellos años de mi paz en los montes del Padul, cuando comencé mi *Cristo*, sabía que estaba viviendo el cénit de mi vida artística y trazándome el camino de perfección que mi Arte me demandaba. Fueron años hermosos de lucha, esfuerzo y dolor. Estoy orgulloso de ellos. Sabía que estaba consumiendo mi dosis de entusiasmo en el más descarnado realismo histórico y estético. Hoy me siento orgulloso de aquella obra y pienso que, bajo su advocación, he logrado vuestra atención y honor.

Hoy traigo de credencial, mi *Padre Damián*. Con él hago entrega a la Academia de parte de mí mismo, de mi corazón y mi constancia de pintor que se conmueve ante la grandeza del hombre sobre el que la gracia de la divinidad se ha posado. Y también el dolor y la tragedia de los hombres. Mi *Padre Damián* es eso y mucho más, no es solamente una obra de Arte, sino un testimonio de la dignidad del espíritu humano y de su derrota en la carne. El testimonio del sacrificio de la carne por el espíritu para dar constancia de Cristo y de la caridad. No es una obra para espíritus débiles ni acobardados. Mi *Padre Damián* se alza de la podredumbre hacia el infinito clamor de la esperanza, consciente de su derrota y su miseria, pero iluminado por el rutilante testimonio de Cristo.

Muchas gracias.

Contestación

del

Excmo. Sr. Don MARINO ANTEQUERA GARCIA

Excmos. Señores.

Señoras.

Señores.

Nos satisface en grado sumo a todos cuantos componemos esta Real Academia recibir en el seno de ella a figura de tan firme renombre, de tan acusada maestría en el ejercicio del arte pictórico, que tales son las características de Benito Prieto Coussent, la destreza e inspiración del cual, su sentido de la trascendencia, todo añadido a su reiterada práctica y a su continua dedicación sin sometimiento a teorías de filósofos y poetas, ni a recetas de libros y revistas, sino fruto sazonado de estudio y análisis de formas naturales que, desde los pintores de Altamira continuaron maestros sucesivos proseguidos tras siglos y generaciones a través de las más gloriosas escuelas de arte, la española no es de las menos destacadas, hasta el tiempo presente de subjetivismos, caprichos y novelorías, faltos de orientación firme y segura para el arte de nuestros días. Es por estos considerandos por lo que nos es sumamente reconfortante el poder contar ya entre nosotros. al ilustre artista gallego que hoy recibimos, que si no es paisano nuestro, lo dilatado de su estancia en nuestra ciudad lo ha hecho parigual a los que aquí nacimos, nos criamos y hemos vivido larga existencia con igualdad de hábitos y envuelto en nuestras características.

Pese a su ya larga estancia granadina, no es lo suficientemente conocida su persona en Granada, aún entre los interesados por el arte, no obstante lo característico y no frecuente de su apariencia y de lo altisonante de su oratoria, feliz y certeramente practicada. Tal desconocimiento se debe a lo continuo y recogido de un trabajo practicado en el encierro de su estudio del que sólo se ausenta por motivos imprescindibles, uno de ellos la asistencia a las sesiones de nuestra Academia. Feliz laboriosidad que forma destrezas y sabidurías aún en perjuicio de la notoriedad y renombre que a tantos indocumentados y notabilidades de escaparate seduce.

Al contrario de mis paisanos, yo conozco a Prieto Coussent y disfruto de su amistad casi desde su llegada a nuestra ciudad hace muchos años. Un día fui invitado a merendar en la casa de un médico amigo mío, el que deseaba presentarme la persona y la obra de un artista recientemente llegado a nuestra ciudad, procedente de Galicia. Concurrí en efecto a la invitación y el artista, que no era otro que Benito Prieto, me mostró una abundante colección de dibujos trazados al carboncillo y que representaban a los frailes de una comunidad norteña. Desde el primer momento pude admirar en el dibujante sus dotes de fidelísima sujeción a lo físico y espiritual de los retratados, puesto que se trataba de verdaderos retratos en los que sin conocer a los representados bien que se advertía su identidad en lo patente de su caracterización particular. Pude, asimismo, admirar en los dibujos dotes sorprendentes de fuerza expresiva, seguridad en el trazo y en los contornos y el diestro manejo del procedimiento pese a ser éste tan simple y de tan escasos recursos como lo es el carboncillo.

Pasó muchísimo tiempo sin que yo volviera a encontrarme con Prieto. A su encierro habitual se añadía el que en tal intervalo había fundado matrimonio y hogar entre nosotros, pero no en la misma ciudad, sino en el pueblo del Padul. Pero un día vino a buscarme. Deseaba que yo viera el proyecto, aún en dibujo a carbón, de una figura de Cristo crucificado que quería realizar. No se trataba, como pudiera pensarse, de un encargo, sino sólo cumplimiento de un deseo del artista. Pintar una figura de Cristo en la cruz no es empresa frecuente en nuestros días cuando aún la misma Iglesia prescinde, por lo general, de las imágenes sagradas. Más raro aún resultaba el repetir asunto tantas veces magistralmente representado desde las catacumbas hasta la plástica andaluza y castellana de los siglos XVI y XVII. Tal magisterio amenazaba al artista en quedarse en una imitación o en una copia, cosas impensables en un pintor de temperamento, como bien muestra Prieto el poseerlo. Porque lo que me mostraba éste y me explicaba con su abundante y fuerte locuacidad no era nada de esto. Aquel simple esbozo parecía decir algo insólito en disposición del asunto, en adiciones fruto de modernas teorías arqueológicas y de investigación histórico-religiosa. La figura estaba plenamente sentida en sus tormentos previos a la muerte. No era sólo lo predicho proféticamente por el rey David; la perforación de manos, pies y corazón, sino que se trataba del acabamiento físico y moral de una persona humana que a la par lo era divina, está en él eternamente perdurable. Prieto no declaraba significaciones, particularidades y grandezas en la miseria ya querida expresar en el nimio proyecto y yo asentía plenamente convencido y aún más, alabé ardorosamente el simple dibujo totalmente de acuerdo con las peroraciones del autor de él.

Bastante tiempo después, Prieto, encerrado con sus lucubraciones derivadas del proyecto, como asimismo con estudios, averiguaciones, certezas en determinados efectos vistos en cadáveres por el pintor, observados y analizados como también dibujados a gran tamaño, aún referidos en algunos trozos a particularidades del Crucificado, dibujos que conserva la esposa del pintor y que llenan de asombro al contemplarlos, porque no son someros, como aquel primer dibujo que yo vi, sino obras de fuerza y grandiosidad que produce estu- por el verlos detenidamente. ¡Qué vigoroso, recio y mo- numental dibujante es nuestro nuevo compañero!

Había transcurrido mucho tiempo desde mi pri- mera visión del proyecto en nimio dibujo del Cristo, cuando Benito Prieto volvió de nuevo a buscarme, ahora con la intención de que yo le proporcionara un asesor teólogo para la mejor consecución de su Cristo Muerto. Yo, en efecto, lo puse en contacto con el jesuí- ta padre Juan Leal, grande amigo mío y hombre muy docto en lugares, incidencias, actuaciones y caracte- rísticas de la Pasión y muerte de Jesús. Tuvieron los dos muchas y largas conversaciones, sobre todo, acer- ca de las primeras representaciones de la muerte del Crucificado y aun de las caricaturescas de los prime- ros enemigos del nombre cristiano, figuras y represen- taciones que si falseadas, al cabo de valor testimonial e informativo por representación del tormento.

Y comenzó para Benito Prieto el tan dilatado y áspero camino de obtención del Cristo que había de darle renombre universal, hasta el extremo de llamár- sele y definírsele a partir de aquel entonces, con el nombre de el pintor del Cristo. Dejé de ver al artista, ya plenamente absorbido por su ardua labor y tras

este eclipse del maestro salió a la luz pública el tremendo cuadro, recibido con grande emoción por unos, con escándalo por otros y sin interés por nadie. Yo, entonces, publiqué en el diario madrileño «Ya» un artículo laudatorio sobre el Cristo de Prieto, acompañado el trabajo con una muy amplia fotografía. Recibí cartas insultantes, denostadoras y muy pocas complacientes. Yo quedé por convicción, plenamente tranquilo y congruente con mis elogiosas afirmaciones. Benito estaba más o menos alterado, puesto que no sólo fui yo el recipiendario de denuestos. Todos los medios de comunicación se ocuparon de la obra, tanto más porque fue ampliamente divulgada, ya que estuvo expuesta en Madrid en una de las últimas Exposiciones Nacionales que tuvimos en España, lo que coadyuvó a loas y menosprecios. Pocos fueron los que permanecieron serenos ante él.

Algunos, y yo entre ellos, estimábamos el cuadro como la representación más adecuada de Cristo en los tiempos modernos, tiempos distraídos en muchos y graves menesteres materiales y por ende apartado de los metafísicos, aún sin tener en cuenta frialdades y agnosticismos más o menos acentuados. No era el Cristo de las insulsas representaciones de los poster más políticos que religiosos, ni el de las canciones, ni el de las representaciones juveniles, amables y carentes de sentido adecuado. Era la realidad del dolor sin medida, el provisto de verdaderos signos de autenticidad, del acabamiento producido por el odio, por la saña y todo esto le restaba parte del favor público, sobre todo del frívolo y del mal intencionado. Es verdad que no era el Crucificado, aún hermoso de Rubens ni aún el sereno de Velázquez. En efecto, después del sudor de

sangre de Getsemany, de la noche de insultos, burlas, azotes, corona de espinas del pretorio, que Pilatos creyó suficiente para satisfacer el odio del pueblo judío, de la marcha por la calle de la Amargura cargado con la cruz, marcha tan recia como para suscitar la compasión de los duros legionarios romanos que ordenaban el cortejo y que les hizo pedir la colaboración y ayuda del hombre de Cirene. Después de las horas pendiente del madero, acompañadas de la angustia, de la sed por la sangre perdida, queda deshecha la hermosura y acabada la majestad, la serenidad y la belleza del Hijo del Hombre. En lo doloroso y amargo, el Cristo de Prieto sólo encuentra parigual en el más místico de los pintores de la Historia del Arte, el al parecer mal llamado Mathis Grünewald, puesto que su verdadero nombre era Mathis Nilhard, con su Cristo del Museo de Carlsruhe. Mas Prieto no necesitó recurrir, como su antepasado alemán del tránsito del siglo XV al XVI a retorcimientos de Jesús, al desgarrado sudario, a la deshecha corona de espinas. El Cristo germánico es grito de dolor y de muerte; en el de Prieto domina la vertical serena; la calma y quietud de la vida ya ausente y acabada.

Prieto Coussent prefirió siempre temas tremendamente patéticos. Hace bastantes años, con ocasión de un Congreso de Cirujanos tenido en Granada, se convocó una exposición de pintura y Benito Prieto concurre a ella. Su cuadro, empapado en soledad, como el del Cristo, y como éste rebosante de dolor y misterio, de silencio y de calma además, representaba sólo un cadáver; otro cadáver, el de un soldado, que tras la batalla, había quedado en completo abandono prendido de una alambrada. Una gran extensión de cielo frío arriba. La lisura de una tierra también sin color

y estéril abajo y nada más. El total, trance de amplio silencio, soledad, quietud y olvido. Todo estaba resuelto en tonos bajos y apagados, en esa total ausencia de colores enteros tan cara a Coussent, que se repartía lo mismo que en el celaje y la tierra en los torcidos palos, sostén de los alambres y éstos vencidos por el peso del cadáver vestido con el gris uniforme y el asimismo gris casco de la militancia moderna. El cuadro sobrecogía el ánimo en su profundo sentido de soledad radical y herida.

El tercero de sus grandes cuadros, y éste es de sumo tamaño, representa al célebre Padre Damián, al apóstol de los leprosos. Es obra, como las anteriores, apurada en su realismo y, como ellas, de asunto por la enfermedad que lo titula y provoca, de tema terrible, serio, triste y recogido. Si los cuadros anteriores eran tremendamente realistas, éste no lo es menos. El apóstol solo, descansa de su trabajo y nada más. El total, trance de silencio, de amplio silencio, soledad y olvido. Como en los anteriores, el héroe es sólo uno y recogido en medio de una acumulación de pobreza acreditada por trastos y objetos viejos e inútiles, todo pintado con tal preocupación por la verdad que un cuadrado que pende de la pared del fondo da la más perfecta sensación de ser corpóreo y de verdad. En este tema el autor se aparta de los grises predominantes en los lienzos anteriores y el color luce en variedad armonizada. Obra como las que le precedieron, de grandes dimensiones. La figura representada con el carácter de unicidad de siempre en los héroes de la pintura de este autor es asimismo patética por el rostro deshecho por la enfermedad, tiene firmeza y personalidad casi escultórica que hace de este lienzo una verdadera obra maestra de la pintura contemporánea, pese a lo sobrecogedor de su realismo.

Lo que más impresiona en la pintura de nuestro recipiendario es la verdad, pero no una verdad fotográfica, sino elaborada; no fría y sin alma sino sentida y no quedada sin respuesta interior; en el espíritu. Para dar estas calidades y estos contenidos se precisa saber mucho, muchísimo en el ejercicio de la pintura. Hace falta para ello, dominar el difícil logro de las apariencias físicas de cada materia; la tosquedad del paño del uniforme del soldado, la humedad del cabello de la reciente agonía y aún las no tan materiales como el cielo y la tierra absorbidos por el horror y el cansancio sucesores del fragoroso combate. Todo esto exige, a más de singular talento, una dedicación tiránica, una persecución incansable de lo verdadero que los siglos, hasta ayer, consideraron la autenticidad del arte y que tanto asusta a los actuales. Los tres cuadros que acabamos de considerar proclaman a voces todo esto y nos afirman que no son sólo ellos en la carrera ya no corta del artista los dignos de admiración, sino que unos y otros, por producidos tras incansable y empeñada preocupación por lo perfecto y en plenitud, están conseguidos en largos años de estudio ininterrumpido. Tampoco podemos olvidar que el artista de que tratamos no es sólo pintor de cuadros grandes y definitivos como los que hasta ahora hemos estudiado, sino que, para no parar de pintar y trabajar ha producido multitud de obras menores en relación de maestría con las citadas. Intercalados con los grandes cuadros entremete dibujos, retratos, estudios y elementos que mantienen siempre viva su aspiración por el bien hacer, sin el que los propósitos más elevados no podrían lograrse, además de que el arte auténtico es camino sin retorno, salvo cuando la pereza o la improvisación lo causan.

En todo artista hallamos junto a su manifestación, la fuerza espiritual e intelectual que informan la producción del mismo. Benito Prieto es y lo podemos llamar el pintor de la soledad reflexiva. Ya queda anotada la unicidad en sus representaciones de dos cadáveres y de un solitario, entre lo que pudiéramos titular su producción supra importante. Así son el cadáver solo, enhiesto, de Jesús de Nazaret. El caído entre un artificio guerrero y el aún vivo, pero mantenido sólo en sus contemplaciones y ensimismamientos espirituales. ¿Es muerte y soledad lo que expresan de preferencia estos tres cuadros? ¿Es la expresividad de ellos tres lo imponente del aislamiento? La conmovedora figura de Cristo muerto en la cruz, se le ha representado con harta frecuencia, acompañado por su Madre y por el discípulo amado y hasta con las mujeres que seguían a María. Junto al soldado muerto, pudo haber quedado algún nimio testimonio de la pasada lucha. No hubiera sido difícil y sí más animado en su contemplación haber incluido al Padre Damián en un cuadro de género con el apostolado y actividades, en contacto con sus enfermos y, sin embargo, en los tres cuadros reina la soledad más absoluta. ¿Fue la soledad incremento del dolor de los tres solitarios o, por lo menos, causa de la intensidad de su amargura? El soldado y Jesús habían ya pasado la etapa del dolor y para ellos el abandono llevó su carga de sentimiento en los postreros momentos de su vida. Estas consideraciones, que no son mías, sino dictadas por la producción del pintor que comentamos son muestra de lo que separa a los artistas del tipo de Prieto de la mayoría de sus congéneres, apartados por completo de trascendencias o creación de sentimientos impalpables, como todo lo que es atañente al espíritu, mas que informa lo salido de las manos del artista. Todo esto lo

encontramos natural en Prieto; puesto que si sus héroes son solitarios, él sabe mucho de soledades, de la soledad propicia al trabajo y al pensamiento. Y tal aislamiento lo sentimos hoy extemporáneo puesto que el arte de hoy, si no es totalmente irrepresentativo, se inspira en la vida que por nuestro lado pasa o la vemos reflejadas en la tele y demás medios pasajeros de información. Y esto es tan así que influencia no sólo a la pintura de género o a la de tesis, sino hasta el paisaje. Los viejos maestros flamencos casaron los fondos paisajísticos con los personajes, por lo general místicos, de sus cuadros. El sentido renovador de Velázquez le impulsó a pintar los paisajes de la Villa Médicis. Realista él, los pintó como los veía, Pero no prescindió de elegir construcción, naturaleza y vegetación dignos del calificativo de nobles. Todo esto murió con el sentido naturalista del «plein air» y aún más con el brillante y polícromo impresionismo que a todos nos sedujo. Al género, sobre todo al pintoresco, se le volvió la espalda por estimarlo vulgar y sin sentido, perdido aún más éste al divulgarse la ayuda de la fotografía para evitar el costo de los modelos. Pero siento que me salgo de mi tema de hoy. Lo que queda inmutable es que la pintura firme, recia, sabia del pintor que comento, queda como peñón en el mar, batido por las olas que acaso lo pulimenten, mas que no podrán nunca hacerlo desaparecer.

Esto en cuanto a la pintura de Prieto, mas también nuestro recipiendario de hoy cultiva el bodegón. A mí se me ha dado el contemplarlos en el estudio de él, mas a esto como género si no existieran, a falta de ellos tenemos el ejemplo de parte del cuadro del Padre Damián, en el que el personaje aparece rodeado por gran número de objetos y chirimolos pobres,

hasta acentuar la mísera presencia del héroe del cuadro, pero bellamente coloreados como ya antes dije, y el todo de estos objetos y desperdicios forma una verdadera naturaleza muerta y bien muerta por inútil, mas prestigiada por todo el espíritu, sentimiento y maestría propios de un Zurbarán o de un nuestro Sánchez Cotán o a lo menos con el simpático sentido doméstico de un Chardín. Falto este género de pintura de las dotes que en los citados tanto se han celebrado, por quedado en aditamento de conjunto más importante y trascendente.

Queda en nuestro nuevo compañero otro aspecto más que considerar, el de pintor de retratos, verdadero doctorado para un artista. Tal especialidad requiere posesión inmensa de recursos tanto de pintor consumado como de perspicaz explorador de caracteres y temperamentos. Todo esto lo posee en abundancia Prieto y a lo que en él se suma un verdadero culto a la verdad sin concesiones, lo que lo aleja del retrato superficial y mundano propio de los mercaderes del arte. Cualidad imprescindible en el retrato es la espontaneidad. Las largas sesiones fatigan al modelo, lo que determina un apartamiento de preciosas características. Pasado el tiempo, los retratos por Prieto, se admirarán como obras de gran arte y modelos en su género.

Lo que no he visto nunca es un paisaje de este pintor. ¿Puede considerarse como tal el fondo del cuadro del soldado muerto? ¿No quedará este cielo y tierra lisos y sin acento, en simple complemento de la aridez del tema? No lo sé. Desde luego Prieto no ha tenido nunca tiempo de desviarse hacia lo que en verdad puede considerarse como paisaje, tal y como se

ha encontrado siempre ocupado en temas de mayor trascendencia. El hermoso paisaje granadino que tentó la paleta de tantos maestros, desde Velázquez a Fortuny y Regnault, aparte de los locales Muñóz Lucena, nuestro aunque cordobés de nacimiento, Isidoro Marín, el grande y casi desconocido Martín Rebollo, primero de nuestros acuarelistas, y del olvidado y meritísimo Eugenio Gómez Mir ¿no consiguió nunca este paisaje atraer a Prieto? Pintó alguna vez paisajes gallegos para nosotros desconocidos. Es verdad que entre los aspectos de su región natal y la nuestra median grandes diferencias para las que no cuenta sólo la luz y el color, sino también los fondos de nuestra maravillosa vega, de la histórica y malhadada vega, hermosa alfombra de verdes tiernos, azules claros y rosas fundidos con el aire, todo tan distinto aunque no quita admiraciones al hermoso fondo marino y boscoso para destacar sobre él recias construcciones de pazos y castillos y de los viejos templos y monasterios románicos que bordean el camino de Santiago. Mas el hecho es que al pintor gallego no le habrá parecido nunca mal Granada cuando en ella se ha estacionado de por vida, ha creado casa y hogar con hijos granadinos y viudo repitió matrimonio con granadina. Mas el hecho real y efectivo es que yo no he visto nunca un paisaje ni granadino ni gallego de Prieto pese su amor a la naturaleza.

En cuanto a él ¿sigue Prieto siendo gallego? ¿Se ha convertido en granadino? Como pintor, no es ni una cosa ni otra, puesto que ya lo es de carácter universal y así son los temas de su pintura; sin definición de origen geográfico. El, venido a Granada, ama nuestra tradición pictórica, como la suya, enamorada de la verdad; la de López Mezquita, Morcillo, la del olvi-

dado Soria Aedo e incluso la de Rodríguez Acosta, pero no en la igualdad de temáticas, porque los de Prieto son tan cosmopolitas como lo es la muerte, imposible de encerrar aun quedada en preparación previa a ella, como la lepra. Jamás el pintor se sostuvo en un localismo prístino y característico y por ello, sin romper en lo personal y privado, lazos ni con lo galaico ni con lo granadino, ha quedado en lo que realmente es: ciudadano del mundo. Por eso no ha pintado nunca Granada aunque la admira y me consta que entre nosotros trabajará por el carácter y el encanto de ella con interés grande.

No queda en lo reseñado la actividad de Prieto. No queda todo en lo que hemos ido repasando. Otro género se ha abierto en su pintura: el símbolo que es lo que ahora y desde hace mucho tiempo le ocupa. Esta pintura simbólica se erige ante nosotros como ejemplo de arte intelectual por su contenido ideológico y de cómo este maestro no deja nada a la improvisación de dar con la objetividad de la pintura la subjetividad de un pensamiento. En la ejecución de esta obra he visto en las sucesivas etapas de la misma, olas, jinetes, imágenes sagradas, celajes más o menos revueltos y muy diversos incidentes y de un día a otro, todo cambiado, dejando infructuosa la labor de mucho tiempo. Todo sutil aunque expresivo y mutable. No sabemos con seguridad cuál será el final de esta obra por la que han pasado las figuras de varios pontífices. Así sería, nos figuramos, la labor de los grandes pintores del Renacimiento; el Leonardo de la Cena, el Miguel Ángel de la Sixtina o el Rafael de las Estancias y así, el pintor gallego ante nosotros, suda, restriega, él tan seguro, borra, repite, suprime partes considerables del total, las que creíamos por bien obtenidas definitivas.

El pintor logrará, o por ambicioso no logrará lo propuesto, pero el impulso dado a ello, la persecución no decaída de una perfección ansiada, la busca de algo, por sutil y alto inalcanzable define a un artista que, en estos nuestros tiempos de transacciones, de despeggo ante las dificultades, de cansancio invencible ante el prolongado esfuerzo, coarta, suprime, lleva a la renuncia ante el glorioso ideal de lo sublime en el arte.